

Apunte Montaraz

ARRIBA... Cabe las frondosas arboledas en ángulo con las pronunciadas laderas de los montes pirenaicos, aspirando intensamente el aire purísimo de las cumbres. Allí, donde el espíritu se ensancha en sed insaciable de conquista de la Naturaleza, en trance de llegar al pináculo, es donde, como una caricia ultraterrena, nos roza el aliento de Dios. La ascensión, penosa y lenta, es una marcha triunfal que eleva el alma. El cuerpo es el medio y el obstáculo a la vez. Sin embargo, pueden más los afanes de cielo que las raíces de tierra y, al coronar la cúspide, la mirada se eleva a las alturas como si quisiera penetrar el azul en un ansia frenética de llegar al Límite del palacio inmenso de la creación. Luego, sobrecogida, se extiende en las lejanías concatenadas en sierras y cordilleras, por encima de las cuales macizos gigantes elevan su hosca testuz: en las profundidades yacentes de donde suben, lejanos, rumores de torrente: donde reposan quietas villorías y la risueña villa de Camprodón, que ofrece el contraste de los plácidos tejados del vecindario con las empingorotadas cúpulas de los palacetes estivales; la policromía de prados de verdes distintos, de campos de pardos variados, rebeldes al pincel, y más acá, casi al pie de la ladera, bajo las umbrosidades de unos álamos silentes, adivinamos el chorro cristalino de un manantial.

Hemos llegado y estamos eufóricos. Para nosotros esto tiene caracteres de

hazaña. Para vencer hemos tenido que vencernos. El obstáculo de que antes hablara era el más difícil de vencer y lo hemos vencido. Por ello nos sentimos satisfechos. Ahora, tendidos en la cumbre, miramos de hito en hito el cielo mientras el espíritu nos retoza alegre y el cuerpo se recupera de la batalla empeñada. En el centro de la azul bóveda intangible, el Sol, como un joyel glorioso, resplandece áureo. Lo que no alcanzamos a comprender es como Dios puso a un ser tan ingrato como el hombre entre tanta grandeza, entre tanta belleza, tanta diversidad. Y pronto nos damos cuenta de nuestra insignificancia, aunque poseemos algo que no tienen estos colosos de la sierra, algo que los vence, porque su misma esencia le permite elevarse por encima de ellos y este don de Dios nos ha hecho reyes de la Creación. Hoy amamos como nunca el montañismo porque lo consideramos una elevación simbólica a Dios. Por eso buscamos los picos más empinados, más agrestes y huímos en cuanto podemos de las veredas fáciles buscando las escabrosidades abruptas porque creemos también que por lo difícil se llega antes y con más mérito. Y lo mismo sucede con el destino de la vida humana: un ascender continuo a la cumbre de la perfección a la no se llega hasta después de haber traspasado los umbrales de la muerte, que es llegada

El descenso es alegre. La alegría de la victoria lograda nos anima y cantamos. Mientras bajamos el espíritu se

solaza insaciablemente en la muda contemplación del paisaje. A lo lejos la línea curvada y sinuosa de Coll d'Ares detrás de la cual se oculta el pueblo francés de Prats de Molló, patria del último «barretinaire» cantado por mosén Jacinto Verdaguer. Al Oeste vislumbramos a media ladera de una alta montaña el parduzco conjunto del pueblo de Tragurá, más a la izquierda Setcases y más abajo la pintoresca vista del caserío de La Roca, cobijado bajo una caprichosa y disforme masa rocosa, que deja a su vera el pueblo de Llanás y regazado en una vaguada el de Villalonga de Ter.

Hemos llegado abajo y en las primeras casas de Camprodón nos encontramos con el abuelo de mi compañero que, con su típica barretina y sus ochenta y ocho años a cuesta, ha venido andando desde Coll d'Ares. Cada vez que me veo ante una encarnación tan genuina del país, tan cargada de historia, de experiencia y de esta sabiduría montaraz que asombraría a muchos eruditos por su sencillez, insensiblemente se me hace en la garganta un nudo producido por la emoción de estar viviendo por su boca la historia y las tradiciones de la región.

Después de haber aprovechado física y espiritualmente la mañana entramos en el pueblo por donde empieza a pulular la colonia veraneante. Mañana Dios mediante, volveremos a escalar y confiamos ¿por qué no? también confiamos vencer.

JUAN GUILLAMET TUEBOLS

Almacenes + El Carmen +

Extenso surtido en Novedades para Señora

Cervantes, 18

Dalfó, Pagés y C.º

Casa Fundada en 1904

Importación y Exportación

FIGUERAS